

La patraña del indigenismo calderonista y el corazón de lata del señor Álvarez

Ante la amenaza de transgénicos:
genocidio industrial o maíz nativo

UMBRAL: CON LOS PIES EN LA TIERRA

Ojarasca

● **La Jornada**



Saskia Verger: Ochosi el monte, acrílico sobre tela, 2008

GUATEMALA

El eterno retorno de los refugiados: **Verónica Ruiz Lagier**

MÁS ALLÁ DE LA MASACRE DE TOTONICAPÁN

OLMECA, un poema de **Eliseo Diego**

Cuando mi hermano era un Azteca, por **Natalie Diaz** (mojave)

La Sierra Zapoteca, fotos de Jorge Lépez Vela

LOS NEZ PERCÉS, CON LOS PIES EN LA TIERRA

“La Tierra fue creada con la asistencia del sol, y debería permanecer así. El país fue creado sin demarcaciones, y no es cosa de los humanos dividirlo. Vemos a los blancos por todo el país haciendo fortuna, y con la intención de dejarnos las tierras que no sirven. La Tierra y nosotros somos un solo pensamiento. La medida del suelo y la de nuestros cuerpos son la misma. ¿Podrían ustedes decir lo mismo, que los envió el Poder Creador para hablarnos? Quizás supongan que el creador los mandó aquí para disponer de nosotros. Si eso creyéramos, pensaríamos que tienen derecho a disponer de nosotros. No me mal interpreten, pero entiendan bien nuestro amor por la tierra. Nunca dijimos que nos pertenece para hacer con ella lo que nos dé la gana” ☞

Heinmot Tooyalaket (Jefe José)

“Los blancos sólo han contado su parte de la historia. Lo hicieron para complacerse a sí mismos. Dijeron tanta cosa que no es verdad. Sólo hablan de sus mejores acciones, y sólo las peores de los indios”.

Lobo Amarillo

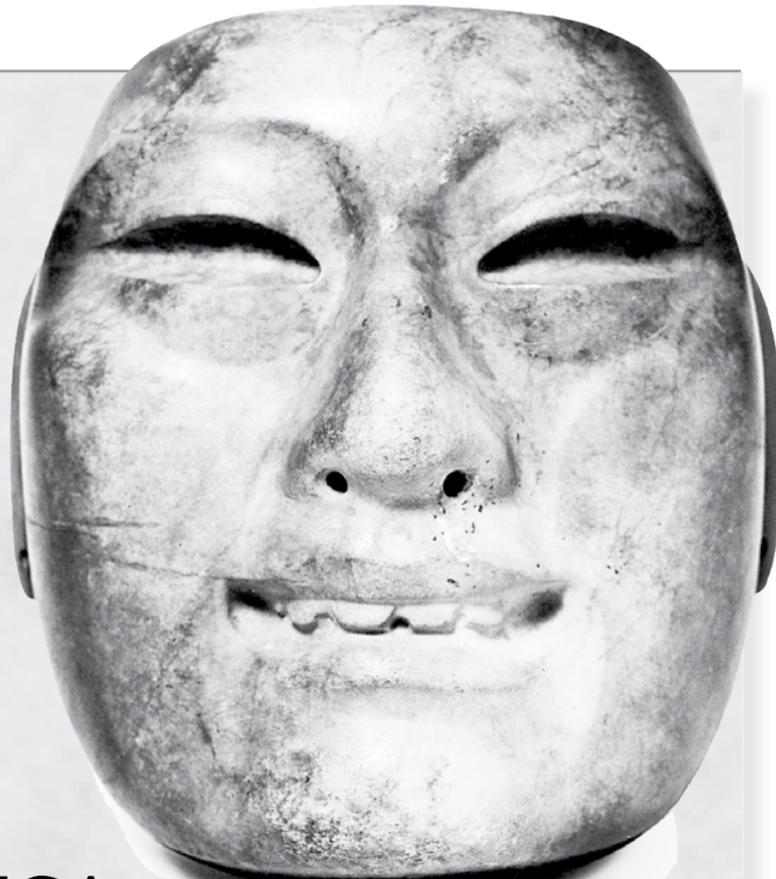
umbrel

LA ATENCIÓN OBLICUA: LÉPEZ VELA EN LA SIERRA ZAPOTECA

Lacónico, atenido a la fotografía como único mensaje, el recorrido de Jorge López Vela (Acapulco, 1963) por las comunidades y barrancos de la Sierra Norte de Juárez, Oaxaca, entre 1989 y 1994, ofrecía entonces una aproximación inusual, alterna, de la que emprendía la muy vivaz fotografía documental del periodo, ni lo que él llama “el tradicional camino de la fotografía antropológica”. Ahora que se editan en el volumen *Sierra Zapoteca* (Conaculta y Secretaría de Cultura de Oaxaca, 2010) no han perdido su originalidad discreta. La azotea, el balcón y la ladera, quizás el salto, determinan el ángulo de su ojo, la revelación de lo que de otro modo no veríamos.

Su recorrido, primordialmente en las fiestas patronales, lo llevó a un buen número de comunidades: Zochila, Zochina, Yatzachi el Alto, Yatzachi el Bajo, Zoogocho, Tavehua, Yohueche, Xochistepec, San Francisco Caxonos, San Miguel Caxonos, Yatee, Lachiroag, Yetzecovi, Yalau, Tagui, Temaxcalapa, Yatzona, Camotán y Yetzelalag.

Este mes de noviembre *Ojarasca* llena sus páginas con el aire de sierra alta que memorablemente capturó López Vela ☞



OLMECA

Eliseo Diego

Mascara olmeca de jadeíta, Arroyo Pesquero, Veracruz, 900-400 aC

Aquí me tienen, muerto de risa.

Muerto de risa por las muecas que me está haciendo el Maestro Escultor para tenerme muerto de risa mientras me hace el retrato.

Hasta me ha sacado la lengua. ¡A mí, que soy Hijo del Rey!

Y desde el copito de su cabeza me saca otra lengua que ciertamente no tiene en el copito de su cabeza.

Yo estoy muerto de risa.

Mi hermanita, en cambio, se ha enojado mucho. Y con sus brazos bien abiertos lo regaña que da miedo.

Yo, no. Yo estoy muerto de risa.

Me da risa el Jaguar y me da risa la Serpiente y hasta la Muerte me da risa.

Ustedes, los Nuevos, no saben lo que es bueno.

Tan serios y con las caras llenas de pelos como los monos. Pero como feísimos monos blancos. Feos monos blancuzcos, lívidos, con las carotas llenas de pelos.

No puedo evitarlo. Es descortés, pero ustedes me dan más risa que nada.

Es cierto que estoy muerto y que ustedes me miran y están vivos.

Pero yo estoy muerto de risa.

Eliseo Diego (La Habana, 1920-Ciudad de México, 1994), poeta mayor de Cuba y América, dejó inédito un gran puñado de poemas, que Josefina de Diego reunió en el libro póstumo *En otro reino frágil*, en 1999. De ahí proviene esta página sonriente.

La Jornada

Directora General: Carmen Lira Saade

Publicidad: Marco Hinojosa.

Arte y Diseño: Francisco García Noriega

Ojarasca en La Jornada

Dirección: Hermann Bellinghausen

Coordinación editorial: Ramón Vera Herrera

Edición: Gloria Muñoz Ramírez

Redacción: Marcela Salas Cassani

Caligrafía: Carolina de la Peña

Diseño original: Francisco García Noriega

Retoque fotográfico: Alejandro Pavón Hernández

Asesoría técnica: Francisco del Toro

suplementojarasca@gmail.com

Ojarasca en La Jornada, es una publicación mensual editada por DEMOS, Desarrollo de Medios, sa de cv. Av. Cuauhtémoc 1236, Col. Santa Cruz Atoyac, delegación Benito Juárez, cp. 03310, México DF. Teléfono: 9183 0300 y 9183 0400. El contenido de los textos firmados es responsabilidad de los autores, y los que no, de los editores. Se autoriza la reproducción parcial o total de los materiales incluidos en *Ojarasca*, siempre y cuando se cite la fuente y el autor. ISSN: 0188-6592. Certificado de licitud de título: 6372, del 12 de agosto de 1992. Certificado de licitud de contenido: 5052. Reserva de título de la Dirección General del Derecho de Autor: 515-93. Registro provisional de Sepomex: 056-93. No se responde por materiales no solicitados.
Impreso en: Imprenta de Medios, SA de cv. Av. Cuitláhuac 3353, Col. Ampliación Cosmopolita, México, DF.

Ojarasca

Genocidio industrial o maíz nativo campesino

✂ Ramón Vera Herrera ✂

COMO LO HAN documentado con gran precisión Ana de Ita, del Centro de Estudios para el Cambio en el Campo Mexicano, y Silvia Ribeiro, del Grupo ETC (ver “Fe de ratas”, *La Jornada* 16 de octubre e “Invasión”, 3 de noviembre), antes de terminar su periodo presidencial, el gobierno pretende aprobar los permisos para la siembra comercial de maíz transgénico en más de dos millones de hectáreas repartidas en Sinaloa y Tamaulipas.

De aprobarse, este maíz de riego, sembrado en los próximos meses, se esparcirá por el país a mediados del año entrante. Será un maíz que, siguiendo los canales convencionales de distribución, inundará las grandes ciudades, suponemos que la zona metropolitana del Distrito Federal, Tijuana, Monterrey, Guadalajara y otras ciudades grandes y medianas, poniendo en grave riesgo a la población que lo consuma en directo como masa para tortillas, pozol, atole o tamales, o indirectamente como parte de la inmensa cantidad de alimentos procesados que lo contendrán como edulcorante, emulsificante, estabilizador o excipiente —y al que es muy difícil rastrearle el camino.

Es tan inmensa la extensión de esta siembra nociva, nos dice la investigadora del Grupo ETC, que es mayor que “la suma de todo el DF, Tlaxcala, Colima y Aguascalientes juntos, y muy superior a decenas de países enteros como El Salvador, Kuwait o Luxemburgo”.

El gobierno de Calderón está ultimando la posibilidad de alimentación, seguridad y soberanía alimentaria de la población mexicana. No le bastaron cien mil muertos ni 70 mil desaparecidos: como los animales cebados, con tal de estabilizar sus negocios delincuenciales, de un plumazo puede dejar una cauda de muerte entre la población urbana del país. Un crimen de lesa humanidad.

Alerta roja total, claman las comunidades campesinas, indígenas, la gente de los barrios de todas las grandes ciudades, las organizaciones de la sociedad civil. Alerta roja para la subsistencia más elemental y para la salud de la población mexicana porque —como en las sagas de vileza que plagan la historia, este gobierno en retirada quiere perpetrar el genocidio brutal de eso que todavía es México: ya existen numerosas evidencias de que el consumo de este maíz provoca mutaciones, tumores, cáncer, posible depresión de la inmunidad general u otros efectos terribles todavía no identificados. Aprobar su siembra no sólo evidencia una irresponsabilidad criminal sino un menosprecio por la población que dijo gobernar con una guerra abierta, perpetua, como programa de desarrollo mediante el horror, la confusión y el caos.

Alerta roja ambiental, porque significará la erosión de la inmensa variedad de las semillas nativas del maíz en su centro de origen (en realidad mucho más vasto que sólo “mesoamericano” porque como documentaba Arturo Warman en *La historia de un bastardo: maíz y capitalismo*, siguiendo los indicios que arroja uno de los grandes historiadores del maíz, Paul Weatherwax: “cuando se estableció el contacto entre el Nuevo y el Viejo Mundo, el maíz se cultivaba desde los 45 grados de latitud norte, donde hoy se encuentra Montreal, Canadá, hasta los 40 grados de latitud sur, casi mil kilómetros al sur de Santiago de Chile”).

Es entonces una alerta roja mundial agrícola y de biodiversidad porque la irremediable contaminación con transgénicos de ese enorme centro de origen de la planta maravillosa, uno de los cuatro cultivos cruciales para la humanidad, implica la devastación más brutal de las estrategias de supervivencia de la humanidad de que se tiene noticia y de la subsistencia, la seguridad y la soberanía alimentaria real de las poblaciones urbanas y rurales. Nunca antes se ha erosionado en tal escala de magnitud, extensión y volumen el acervo genético de un cultivo en su centro de origen, ni se ha atentado tan directa y masivamente contra la vida de una población que consume (como bien documenta Ana de Ita) 115 kilos de maíz anuales por persona en promedio.

Con lo anterior el gobierno de Calderón está ultimando la posibilidad de una alimentación y una agricultura independiente para la población mexicana. No le bastaron cien mil muertos ni 70 mil desaparecidos: como los animales cebados, con tal de estabilizar sus negocios delincuenciales, de un plumazo puede dejar una cauda de muerte entre la población urbana del país. El suyo es un crimen de lesa humanidad.

Por último, permitirles que en tal extensión de hectáreas Monsanto, Pioneer y Dow siembren muerte, directamente o por contrato, es promover un acaparamiento de tierras brutal, un desbancamiento de la producción nacional no transgénica y la promoción nada indirecta de un coyotaje corporativo (por parte de ADM y Cargill) de la distribución y la comercialización de alimentos a las ciudades.

Pero se equivoca Calderón si piensa que la población mexicana se quedará cruzada de brazos. Una resistencia visible, encarnada en cientos de organizaciones, grupos de científicos, organismos de la sociedad civil, comunidades, grupos campesinos, pueblos indígenas, abogados, organizaciones barriales, estudiantiles y un largo etcétera más y más anónimo conforme se torna más unánime por todo el país, comienza a ejercer presión, solicitar el cumplimiento de las normas preconizadas por el propio gobierno; comienza a vincularse desde múltiples rincones, a socializar información, a abrir espacios para consensar acciones de corto, mediano y larguísimo plazo (talleres, encuentros, conferencias, procesos jurídicos y de sistematización ética en los tribunales de conciencia, movilizaciones, volantes, plantones y más). Es una resistencia menospreciada, que surge de tan abajo que ni siquiera está en los mapas oficiales pero que no permitirá una amenaza así de grave contra la vida misma.

Es una guerra, pacífica pero decidida, por la subsistencia de la población mexicana, en defensa del cuerpo, del suelo, el ambiente, los saberes y las semillas; por nuestras estrategias de supervivencia y alimentación; contra el genocidio, el desprecio, la imposición y la devastación del maíz, del tlayolli, del yok-ixim o kiximtik, del niza, del i-ku, y otros tantos nombres que, según la lengua original de cada pueblo, permiten comunicarle su fuerza y su cuidado de milenios. Esta resistencia pacífica se dirimirá en los barrios y las comunidades, en los estanquillos, las escuelas, los comedores familiares, las tortillerías y los molinos, en los centros culturales y en las comunidades más apartadas, pero será cierta ✂



foto: Jorge López Vela. Sierra Zapoteca

La patraña de indigenismo calderonis

TERMINA UN GOBIERNO de engaños, lo cual en sí mismo podría resultarnos familiar, casi costumbrista, si no fuera porque detrás de sus mentiras (unas deliberadas, y otras por cortedad de miras) se mal encubren las peores fechorías contra los pueblos indígenas en décadas. A primera vista parecerían incruentas (sin Acteales, Aguas Blancas ni Wolonchanes), y con el contraste hipersangriento de una guerra del gobierno contra se supone que otra cosa (el narco doméstico), la cual ha fragmentado al país. (Miren en lo que vino a parar la temida “balcanización” que aconsejó al gobierno zedillista traicionar su palabra en los acuerdos de San Andrés de 1996, espantado de la posible autonomía de los pueblos).

Despojo de miles y miles de hectáreas de las mejores tierras, o las mejores aguas, o las más rentables entrañas, por las buenas o por las malas. Eso y la descomposición o debilitamiento de la vida comunal a base de programas gubernamentales que resumen la existencia de los pueblos a una cuestión de dinero: sumas, restas, y sobre todo divisiones. Eso es lo que dejó a su paso el gobierno de Felipe Calderón Hinojosa. Beligerante en el autoelogio, parece no enterarse que durante seis años —doce si nos vamos al foxismo— ejerció una política devastadora para los indígenas del país, a través de la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI).

Y aunque hoy el tema forense se ha masificado, la alta mortalidad violenta ha golpeado a Ostula, Cherán, la región triqui, la Montaña y la costa de Guerrero: masacres a cuenta gotas. A gran escala, la operación ha consistido en enajenarles el mayor territorio posible. El costo de los distintos exilios —político, económico, por miedo, por la fuerza, por intolerancia— fue pagado alegremente por el calderonismo, una minucia ante las ganancias de las transnacionales mineras, turísticas, agroindustriales, de energía eólica o hidroeléctrica, que le están más que agradecidas.

Pero seamos justos, más que la “benigna” CDI, quienes más han atentado contra la integridad de los pueblos indígenas han sido las policías estatales y federales, el Ejército federal, las secretarías de Agricultura, Medio Ambiente o Educación, las Comisiones Federal de Electricidad o Nacional del Agua. Múltiples y numerosas estrategias instrumentadas mediante contrarreformas a las leyes y reglamentos federales y estatales, programas de titulación de tierras, reubicación (como el experimento chiapaneco de las ciudades rurales), renta o expropiación. Campañas de chantaje, convencimiento y compra de voluntades en ejidatarios del desierto de Virikuta, las costas de San Dionisio del Mar, la región chol, el valle del Yaqui, la sierra Huichola, San José del Progreso. La hostilidad sostenida contra los zoques oaxaqueños de Chimalapas, los purhépechas, los nahuas de Jalisco, Estado de México, Michoacán, Guerrero, Morelos, Veracruz. Por no mencionar hostilidades más obvias contra los pueblos del istmo de Tehuantepec, los rarámuri, tlapanecos, mixtecos, y en primer lugar los tzotziles, tzeltales, choles y tojolabales del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), sobre quienes pesa la ocupación militar más numerosa y extendida en el territorio nacional, aún ahora que todo México es cuartel.

Por eso resultarían un chiste, si no fueran tan ofensivas, las conclusiones a que ha llegado el gobierno federal respecto a sus “logros” en la “atención” a los pueblos indígenas. Qué más podría esperarse de indigenismo *postmortem* que tan bien representa Luis H. Álvarez, con su “corazón indígena” propalado a los cuatro vientos, siendo que antes de conocer (es un decir) a los zapatistas, sólo conocía a los inditos de su tierra, cuando era un chabochi que visitaba a los rarámuri en condición de candidato (si no para qué). Ejemplo del proverbial conocimiento que tiene la derecha católica del Partido Acción Nacional (PAN) de los pueblos indios. (Otro, Carlos Castillo Peraza, también invocado por el presidente, admitía que los únicos indígenas que conocía eran los peones mayas de su natal Yucatán). Esto no importaría sino fuera porque ha sido en manos de gente con esta calificación en el tema que se ha puesto (es un decir) la política de atención a las “etnias”.

El encargado de la oficina indigenista del gobierno, Xavier Abreu Sierra, argumenta a favor de más presupuesto y hasta de una “secretaría”, con el hecho de que esta población suma casi el 16 por ciento de los mexicanos: “El día de mañana tiene que ser una secretaría, son 14 por ciento de los mexicanos los que se autorreconocen como indígenas. Son 15.7 millones”. Según informa Carolina Gómez Mena (*La Jornada*, 28/10/12), el funcionario apuntó que más que darle otro rango, lo necesario son más recursos. “No es de denominación, sino de aumento presupuestal para hacer más eficiente el trabajo; la ventaja que tiene ser comisión es la transversalidad con las secretarías, para mí ahora no es tan importante que sea secretaría, es más importante más presupuesto”. Eso, el dinero.

Pero las claves de esta aparente (y también real) frivolidad calderonista están en las palabras del presidente Calderón para presentar las memorias indigenistas de su mentor, padrino y colaborador Luis H. Álvarez, quien de senador que cayó por la Lacandona en 1995 a comisionado de paz del primer gobierno panista y director de la CDI en el segundo, no ha hecho más que exhibir las limitaciones y la poco edificante intención de ablandar los núcleos duros de la autodeterminación indígena.

El inusitado discurso de Calderón para presentar en el Fondo de Cultura Económica el libro *Corazón indígena: lucha y esperanza de los pueblos originarios de México* el pasado 26 de julio, puede ser visto como informe final de su gobierno en materia de pueblos indios, y de manera hartamente particular su versión de los hechos, y su inverosímil candor, respecto al EZLN y los pueblos de Chiapas. Poco más, poco menos, sostiene que su

administración superó la etapa del indigenismo institucional ejercido por el antiguo Instituto Nacional Indigenista, sustituido por la CDI. Pero su concepción es de “apostolado”: “Ha sido una luz que ha cambiado la realidad de las comunidades zapatistas, no a partir de las armas, como originalmente ellas vendían (sic), sino a partir de la fuerza de los no violentos, los pacíficos como dice el Evangelio, del cual, si queda alguno entre nosotros, ese hombre fuerte de la paz se llama don Luis Álvarez”.

En su reseña, Calderón destaca como “fundamental” el capítulo dedicado a la CDI “que don Luis presidió, a petición y encargo mío”. Allí “se recogen los distintos aspectos o políticas públicas que ha habido en relación a los indígenas, desde las primeras etapas de los (años) 20 hasta los 40. Esta etapa en que se hablaba de superar los problemas indígenas en una concepción muy integradora, muy, casi, arrolladora o excluyente de las comunidades indígenas mismas”.

Con todo lo que puede cuestionarse aquel indigenismo paternalista, autoritario, partidista, integrador (tan siquiera no desintegrador como el “apostolado” que hemos visto los pasados años), antes estuvo en manos de, digamos, expertos. Aún al final, con Arturo Warman como el pilar intelectual del indigenismo práctico, había una concepción articulada, aunque resultara completamente errónea. El salinismo inauguró con Solidaridad la era del binomio presupuesto/atención a indígenas hoy en boga en los discursos de priístas, panistas y perredistas que pugnan por “más presupuesto” y una “secretaría indígena”. Los iguala el hueso.

Remata el presidente: “Creo que es muy difícil imaginar si ha habido, no sólo una cantidad mayor de recursos destinados a comunidades indígenas y, particularmente, en Chiapas. Si no hubo un campeón, un gestor, un abogado, un apóstol, como don Luis Álvarez, que se dedicó a que esos recursos llegaran a las comunidades indígenas”.

Calderón no desperdicia la oportunidad de dar un par de zancadillas al obispo Samuel Ruiz García; tampoco la de saludar entre el público al historiador Juan Pedro Viqueira y al director de la CDI, asesores clave del apóstol panista que no tuvo reparo en retratarse en la portada con la ropa tradicional de las autoridades tzotziles, como lo han hecho por décadas gobernadores, legisladores, candidatos y secretarios de Estado. Igualito. Mejor lo hubieran retratado en su camioneta de doble tracción cruzando el puente que lleva su nombre en Roberto Barrios, como



Saskia Verger: Ochún, acrílico sobre tela, 2008

ta y el corazón de lata del señor Álvarez

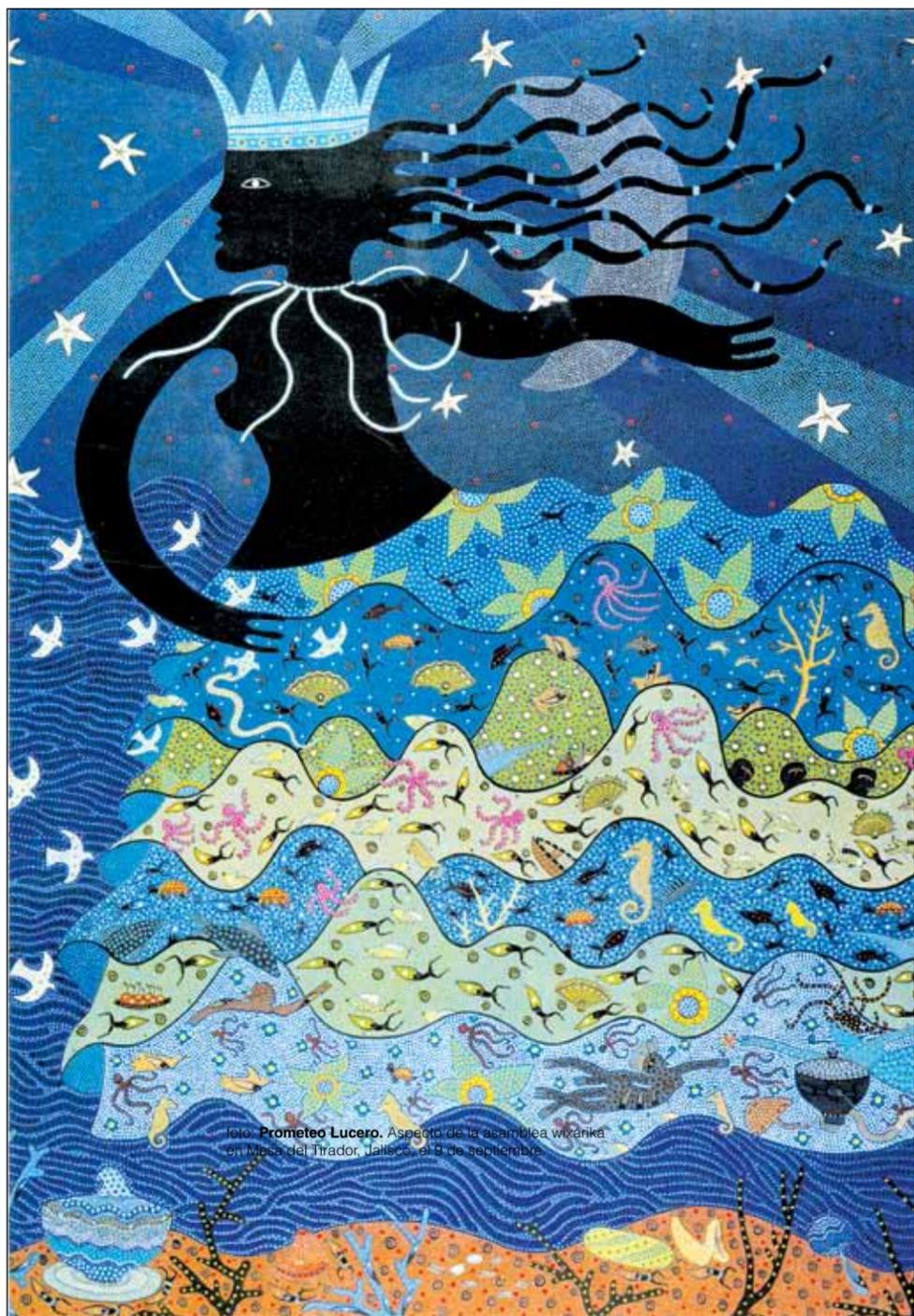


Foto: Prometeo Lucero. Aspecto de la asamblea wixarika en Mesa del Tirador, Jalisco, el 9 de septiembre.

Yemayá, madre de las aguas, acrílico sobre tela, 2008

La artista cubana Saskia Verger (La Habana, 1975) dedicó una serie de obras a los orishas de la santería con una alegre atención al detalle. La crítica Martha Zamora las destaca que las composiciones que “funcionan como elementos evocadores, con sensualidad de formas,” en *Revelación*.

Once artistas plásticos cubanos en el siglo XXI
(Ediciones La Galería 10/10, México, 2010).

el “Diógenes” de Oportunidades y anexas que describe Calderón, llegando a las comunidades con la buena nueva de la chequera.

Cita a Viqueira para desmontar la “idealización” de los pueblos indios, “que es una forma de desconocimiento”. La capacidad de síntesis de la cita es iluminadora: “La idealización de la realidad política de los indígenas ha conducido la teoría de que ellos cuentan con un sistema de gobierno de origen prehispánico que garantiza la resolución de conflictos, la armonía, la justicia y la igualdad en la comunidad, a partir de principios, no sólo diferentes, sino superiores”. El mandatario endosa tal pensamiento: “Hay conflictos, y no hay armonía y hay injusticia como lo hay, creo, en cualquier sociedad. Una parte importante de resolver los problemas de injusticia también es romper el prejuicio de que hay una cierta armonía preestablecida, precisamente, de origen indígena”.

Esto dicho por el adalid de las mineras canadienses y coreanas en expansión sobre territorios comunales, o ejidales, o sagrados; de las hidroeléctricas en regiones wixaritari, cora, nahua; de agroindustrias en tierra agrícolas, bosques, selvas, desiertos; de semillas transgénicas que la gente no quiere ni necesita. Habla el promotor de desarrollos turísticos en la “Riviera maya”, la selva Lacandona y la Barranca del Cobre; de la masificación de torres de energía eólica en Juchitán. Es comprensible que lo irrite “el prejuicio de que hay una cierta armonía preestablecida” ☹

Hermann Bellinghausen

SIN PUDOR, COMO si las verdades no importaran, Luis H. Álvarez, ex muchas cosas, entre ellas comisionado para la paz en Chiapas y director de la Comisión para el Desarrollo de los Pueblos Indios, se jacta de la entrega de láminas y mangueras a las comunidades indígenas zapatistas. Probablemente porque está consciente de que su palabra ya no importa, se atreve a insultar a decenas de miles de indígenas del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) que, a su pesar, han sobrevivido a cuatro presidentes de la República y llegan a su 29 aniversario con una organización comunitaria sin precedentes en el mundo.

El desconocimiento de una realidad que no se aprende colocándose un sombrero tzotzil en la cabeza, parte del desprecio a los pueblos, naciones, tribus y barrios indios de México, como recalcaría siempre don Juan Chávez, luchador purhépecha que durante décadas proporcionó lecciones de dignidad y congruencia, y no “grupos étnicos”, como Luis H. Álvarez y el presidente Felipe Calderón los nombran.

Las comunidades zapatistas llegan a su aniversario con una estructura que nunca llegaron a conocer ni entender los enviados de los gobiernos federales. Su ignorancia no se debe a un ocultamiento de la organización zapatista, sino a un desdén que plasma Álvarez en un libro que lo retrata, literalmente, de cuerpo entero: *Corazón indígena: lucha y esperanza de los pueblos originarios de México*, que puede leerse como el legado de dos sexenios panistas en materia indígena (sin dejar fuera, por supuesto, la ignorancia priísta y perredista, además de las agresiones de los gobiernos encabezados por cualquiera de las siglas).

“Le queremos decirle a ti, señor Luis H. Álvarez, según que eres comisionado de paz y sólo eres un comisionado de Fox para provocar división y engañar al pueblo de México, así como hizo el Rabasa. Mandas más proyectos de Procampo y Progres a los pueblos para que se callaran, para que no hablen mal de ustedes, y andan diciendo que el EZLN estamos aceptando proyectos, sólo porque lo permitimos pasar en nuestro territorio controlado”, le espetó la comandante Esther el primero de enero de 2003, en sus años dorados en los que el entonces comisionado recorría comunidades creyendo que compraba conciencias y que la dignidad se mide por número de gallinas o celdas solares entregadas.

Nunca se sabrá si Álvarez creyó realmente lo que se lee en *Corazón indígena*. Es tanto el delirio de sus entrevistas “privadas” con representantes zapatistas o altos jefes del EZLN, que cuesta trabajo pensar que tanta gente le tomó el pelo sin que se diera cuenta. O que lo sabía y no le importaba; o que nunca supo a quiénes realmente se acercó con la cartera desenvainada. De cualquier forma, nada importa, pues centenares de pueblos festejarán este 17 de noviembre casi tres décadas de organización ininterrumpida.

Ávido de tomarse una nueva foto con la comandancia zapatista, frustrado por no lograrla, siguió mostrando las imágenes tomadas durante su participación en la Comisión de Concordia y Pacificación, aunque en Madrid, en abril de 2007, desconoció al EZLN como interlocutor. “¿Por qué necesariamente tienen que ser los mismos actores? Para mí, ahora deben ser aquellos que representen a cada una de las comunidades indígenas del país”, dijo, reconociendo implícitamente que no tenía contacto alguno con los zapatistas.

Con el paso prohibido al territorio en rebeldía, ni Álvarez ni Felipe Calderón, ni ningún representante oficial ni de partidos políticos, vieron crecer a decenas de miles de jóvenes que hoy, gracias a la conformación de las Juntas de Buen Gobierno y los municipios autónomos, tienen futuro. Hay escuelas y centros de salud donde hace 30 años florecía el olvido, y son sus manos, organización y la solidaridad con un proyecto político las que los han levantado, no un programa de contrainsurgencia de ninguno de los gobiernos sexenales.

Carlos Salinas, Ernesto Zedillo, Vicente Fox y Felipe Calderón tuvieron que rendirse ante la terquedad de los zapatistas. Ninguno escatimó armas ni recursos para intentar aniquilarlos o comprarlos. Pero resulta que a casi 19 años del alzamiento del primero de enero de 1994, y a 29 de su conformación insurgente, ahí están, vivitos y coleando.

En el 2003, ante una plaza colmada de miles de bases de apoyo, la comandante Esther preguntó al comisionado: “¿Dónde estás escondido tú, señor Álvarez? Dices que ya no hay zapatistas, que somos ya poquitos, que nosotros los comandantes y las comandantas ya nos rendimos. ¿Ya no miras tú, señor Luis?”. Gestor de programas, acompañante de grupos antizapatistas y abiertamente paramilitares, como la Organización para la Defensa de los Derechos Indígenas y Campesinos (Opddic), en efecto, nunca miró hacia abajo.

Aunque no es nueva la violencia y hostigamiento contra los pueblos que no se doblegan, en su más reciente comunicado, en el que denuncian las agresiones de paramilitares en las comunidades de Comandante Abel y Unión Hidalgo, las autoridades autónomas remarcan: “Si hay momentos que tenemos que callar no es porque les tenemos miedo a los provocadores, a los agresores y violadores de derechos humanos, sino porque nos dan lástima, nos da tristeza que gente indígena se dejen comprar por migajas, se dejen manipular y controlar por los malos gobiernos y los partidos políticos, porque realmente es una vergüenza”.

El 17 de noviembre de 1983 seis luchadores fundaron el EZLN. Diez años más tarde se levantaron en armas la primera madrugada de 1994. Hoy, a los 29 y 19, los zapatistas enfrentarán de nuevo a la maquinaria priísta en el gobierno federal. Pero, ¿qué puede ser tan distinto?, si el PAN y los gobiernos locales del PRD hicieron exactamente lo mismo. Los retos para el EZLN no han cambiado, pero la vida en las comunidades sí. Habría que preguntárselo a las nuevas generaciones zapatistas que son parte, ya, de otro mundo posible ☹

Gloria Muñoz Ramírez

5
Ofarasca
NOVIEMBRE DE 2012

El eterno retorno de los refugiados guatemaltecos

Verónica Ruiz Lagier*

EN OCTUBRE SE conmemoraron 30 años del refugio guatemalteco. Los gobiernos federal y de Chiapas hablaron del proceso como un caso exitoso sin considerar que existe un gran número de refugiados que continúan sin recibir la carta de naturalización que México les ofreció desde los años 90. Más grave resulta la condición de los refugiados no reconocidos como tales, que se encuentran en un limbo jurídico; formaron parte de los grupos que regresaron a Guatemala bajo el programa de Retorno Colectivo entre 1993 y 1998, pero que al no encontrar garantías allá, volvieron casi de inmediato sin ningún tipo de documentación.

Las autoridades mexicanas no saben cuántos refugiados no concluyeron su proceso de naturalización, pues nunca sistematizaron la información del Programa de Naturalización de la Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE), operado con la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados (Comar). Tampoco se elaboró un informe al cerrarse el programa en 2005, y no es posible conocer cuántos quedaron a la mitad o fuera del proceso, muy distinto al de otros asilos como los de españoles y sudamericanos, que contaron con un decidido apoyo institucional para su rápida integración. Claro, el refugio guatemalteco, el más grande experimentado por México, fue de población pobre e indígena. No se trataba de intelectuales sudamericanos o republicanos españoles, que al igual que los guatemaltecos defendían un gobierno legítimo derrocado por un golpe militar. Aquellos fueron recibidos como héroes, y éstos como guerrilleros peligrosos, o población que acrecentaba los índices de pobreza en la región.

Eran campesinos, en su mayoría mayas monolingües, y los funcionarios temían que se identificaran con la población indígena de la zona, y que se unieran en un solo movimiento armado. Pueblos enteros —procedentes sobre todo de Huehuetenango, El Quiché, San Marcos, Chimaltenango, Alta y Baja Verapaz— comenzaron a cruzar la frontera de Chiapas a partir de 1981. México no contaba aún con el estatuto jurídico de *refugiado*, categoría adoptada hasta 1990. El refugio guatemalteco evidenció las limitaciones de la legislación mexicana sobre el asilo, orientada a situaciones individuales. Sólo se reconocía el exiliado. Los guatemaltecos que huían de la guerra se vieron sometidos a requisitos imposibles de cumplir ante la amenaza de ser masacrados.

En 1980 se crea Comar, y se acepta tácitamente la diferencia entre asilado y refugiado. En 1982 se concedió refugio temporal, estatus que sería otorgado y renovado por el gobierno “si éste lo consideraba necesario”, por lo que el refugiado, a diferencia del asilado, se encontraba en una condición de inestabilidad y zozobra. En 1990 se reformó la Ley General de Población, que reconoció a los refugiados, aunque hasta 2009 se crea el reglamento.

El gobierno mexicano tardó demasiado tiempo en asumir el problema, y respondió a las necesidades básicas de los refugiados sólo después de que lo hicieran la población fronteriza, las organizaciones no gubernamentales y la diócesis de San Cristóbal de las Casas. La aletargada respuesta del Estado se replica en la falta de estadísticas referentes al número de refugiados y de los que sí retornaron.

A partir de 1981 la política militar guatemalteca de “tierra arrasada” causó un flujo semanal de 400 refugiados. En 1984 se registraron 46 mil, y 113 campamentos entre Campeche y Soconusco. Esto sin considerar a los que encontraron refugio en ranchos, ejidos, pueblos y ciudades fronterizas, no registrados por instancias oficiales. La diócesis de San Cristóbal habló de casi cien mil. Las autoridades guatemaltecas consideraban que los campamentos eran bases de apoyo para la guerrilla, de modo que su ejército incursionó en territorio mexicano buscando acabar con los supuestos guerrilleros. El gobierno mexicano decidió trasladar a los refugiados a Campeche y Quintana Roo a partir de 1984, contra la voluntad de gran parte de ellos. Algunos campamentos fueron desmantelados violentamente por la Armada y el Ejército. Las condiciones de

traslado fueron tan precarias que el 7.2 por ciento murió al llegar a los “campamentos” de destino, en bodegas. Más de la mitad no aceptó dejar Chiapas, y se mantuvieron 60 campamentos a lo largo de frontera; para 1991 eran 124.

Paralelamente, entre 1987 y 1992, más de 7 mil personas regresaron a sus aldeas. A estos primeros retornos se les conoce como “repatriados”; sabían que sus tierras no fueron ocupadas, o que no aguantarían la presión del traslado. El conflicto armado persistía, y los refugiados discutieron la probabilidad de retornar en forma colectiva y organizada, demandando garantías. En diciembre de 1987 se forman las Comisiones Permanentes de Representantes de los refugiados. Al cambiar el gobierno en Guatemala en 1991, se crea una Instancia Mediadora; sus condiciones fueron aceptadas en 1992 por el gobierno guatemalteco.

No obstante, cuando se les ofreció el retorno, no todos estaban de acuerdo. Aún no existían garantías de que hubiera cesado la violencia de Estado. Continuaban las estrategias contrarrevolucionarias, la inseguridad y la violación a los derechos humanos en las zonas destinadas a la reubicación. Por otra parte, la población que no se refugió en México había tomado posesión de las propiedades abandonadas, dentro de la estrategia militar; parte de la acción del gobierno de Guatemala para desarticular las relaciones de los refugiados con los grupos armados fue instalar a la población retornada fuera de su territorio original.

El retorno no fue opción para los que perdieron sus tierras en la guerra, pues los lugares donde se les pretendía reubicar no contaban con las condiciones para la supervivencia, cuando en México ACNUR había proporcionado a los refugiados miles de pesos en ayuda. Testimonios levantados en las comunidades de origen guatemalteco en Chiapas permiten saber que aproximadamente la mitad regresó en el programa de retorno colectivo.

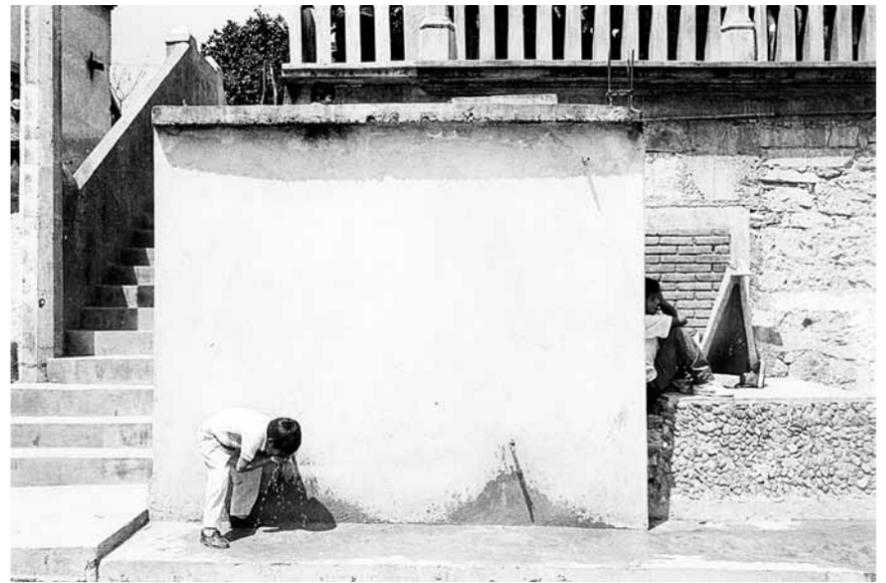
Comar puso en práctica tres procesos paralelos en la década de los noventa: retorno, documentación e integración. México ofrecía la naturalización, pero también un incentivo económico a las familias que decidieran retornar, o se les amenazaba con negarles los servicios básicos. Guatemala segregó a los retornados en tierras pobres y erosionadas. Fueron recurrentes los casos de traición de los representantes nombrados por los refugiados para organizar el retorno; muchos volvieron a México con lo que ACNUR y Comar les había pagado.

Se generó un nuevo problema, vigente hasta hoy. Muchos regresaron a Chiapas al ver que no se cumplían los acuerdos de 1992. Miles se convirtieron en indocumentados. Su situación es más precaria ahora, sin reconocimiento jurídico en México ni Guatemala, donde es común que se hayan perdido sus documentos de identidad durante la guerra.

Según Comar se entregaron 10 mil cartas de naturalización. Sin embargo, miles quedaron sin documentos migratorios. Ingresaron 46 mil refugiados, y mil 224 fallecieron entonces. Si se repatriaron 7 mil 200, quedaron unos 37 mil 500: si retornó la mitad, ¿cuántos no finalizaron el proceso? Miles permanecen en México sin huella documental. En 2005 Comar retiró sus oficinas de Comitán, sin evaluación ni seguimiento de los refugiados que no concluyeron su naturalización.

Más grave resulta la problemática de los “retornados” que regresaron a México. Al no tener papeles migratorios, son acosados por los agentes de migración, lo cual les ha dificultado aún más acudir a las oficinas estatales de la SRE en Chiapas y dar seguimiento a sus trámites. Existe pues una población en situación de alta vulnerabilidad por la falta de compromisos de los gobiernos mexicano y guatemalteco. Un acto de buena voluntad sería escuchar a la población refugiada, reconocer a los que retornaron y que residen en México como indocumentados: el problema no se resolverá ignorándolo ☹

*Dirección de Etnología y Antropología Social del INAH



MÁS ALLÁ DE LA MASACRE DE TOTONICAPÁN

✂ Marcela Salas Cassani ✂

OCHO MUERTOS, UN centenar de heridos y un pueblo profundamente indignado es el saldo de la brutal represión ordenada por el gobierno del ex militar Otto Pérez Molina, presidente de Guatemala, contra integrantes de los 48 cantones del departamento de Totonicapán —una comunidad conformada en su mayoría por mayas quichés— contra quienes el ejército abrió fuego cuando se manifestaban para oponerse al aumento de las tarifas de la luz, y a las reformas educativa y constitucional.

En entrevista con *Ojarasca*, Juana Batz, integrante de la Junta Directiva Nacional de la Coordinadora Nacional de Viudas de Guatemala y sobreviviente de la masacre, hace un recuento de lo que sucedió en Totonicapán el 4 de octubre pasado. “Ese día nos levantamos los 48 cantones. Nuestra protesta se debió a la alza de las tarifas de energía eléctrica, al intento de reforma magisterial —con la que se agregarían dos años al plan de estudios para convertirse en profesor— y a la reforma constitucional”.

Una delegación representativa viajó a la capital para intentar entrevistarse con el presidente, mientras el resto de los habitantes hizo un paro pacífico en un punto de la carretera Interamericana donde hacen intersección los cuatro caminos que van a Quetzaltenango, Huehuetenango, la ciudad de Guatemala y Totonicapán. “Tomamos esta medida”, explica Juana Batz, “porque si no bloqueamos la carretera el gobierno no nos escucha; tapamos tres puntos, yo estuve en el kilómetro 170 en donde nos juntamos alrededor de diez comunidades. Éramos más de 5 mil personas”.

Mientras unos hacían el bloque carretero, la delegación que viajó a la ciudad de Guatemala trataba de entablar un diálogo con el gobierno, pero éste “en ningún momento tuvo la buena voluntad política de recibirnos, nuestras demandas no fueron escuchadas”. Ante esta situación, quienes tenían tomada la vía decidieron que no la dejarían libre hasta que el gobierno prestara atención. Y en esas estaban cuando, cerca de las dos de la tarde, arribaron a la zona tres camiones del ejército.

Juana, quien se encontraba allí, narra: “Dos camiones se quedaron en el kilómetro 166, mientras que el otro llegó hasta el kilómetro 169. Entonces, las propias autoridades indígenas de Totonicapán convocaron mediante altoparlantes a todos los que estaban participando en el bloqueo: ‘Vecinos, los antimotines ya están muy cerca. Vamos a mandar a una comisión de autoridades para dialogar con ellos y explicar que estamos aquí pacíficamente’. Un grupo de dirigentes indígenas comenzó a caminar del kilómetro 170 al 169, pero los soldados “no dieron ninguna oportunidad de dialogar, y comenzaron a disparar y a echar gas lacrimógeno. Fue un tiroteo muy feo que duró de 20 a 25 minutos, demasiado tiempo. Seis de nuestros hermanos fueron alcanzados por las balas. Pasó mucho tiempo; ellos estaban perdiendo mucha sangre, pero no llegó ninguna ambulancia. Cuatro fallecieron allí mismo, y otros dos murieron en el hospital, a pesar de las operaciones que les hicieron para intentar sacarles las balas”.

A estos hombres caídos, se sumó un hombre que falleció al día siguiente de la matanza; era el padre de una de las víctimas, y murió

Las autoridades indígenas convocaron mediante altoparlantes a los que estaban participando en el bloqueo: “Vecinos, los antimotines ya están muy cerca. Vamos a mandar a una comisión para dialogar con ellos y explicar que estamos aquí pacíficamente. Un grupo de dirigentes indígenas comenzó a caminar del kilómetro 170 al 169, pero los soldados no dieron ninguna oportunidad de dialogar, y comenzaron a disparar y a echar gas lacrimógeno. Fue un tiroteo muy feo que duró de 20 a 25 minutos, demasiado tiempo”.

enterarse de que había perdido a su único hijo. También fue hallado, 22 días después de la masacre, el cuerpo de un hombre que desapareció el día del bloqueo. “No fueron seis, sino ocho las personas inocentes a las que masacró el gobierno de Guatemala por no escucharnos”, asegura Batz, y agrega que el saldo de heridos fue de “aproximadamente un centenar de personas”.

El presidente guatemalteco declaró que “el ataque no provino de los soldados, sino de civiles que pasaban por el lugar a bordo de un camión”. Sin embargo, días después, nueve miembros del ejército fueron detenidos y consignados, acusados de la autoría material de los asesinatos. Esto, no obstante, no representa que se haya hecho justicia. Juana Batz insiste: “Aunque ya se dio con los responsables, queremos que se castigue también a los actores intelectuales de la masacre, quienes asesinaron a nuestra gente, cuando lo único que pedimos es que se nos respete como pueblo originario”.

Ubicado en las tierras altas de Guatemala, Totonicapán es un municipio conformado casi en un 98 por ciento por población indígena. En el área asola la pobreza. De acuerdo con una investigación del Programa Regional de Seguridad Alimentaria y Nutricional para Centroamérica, más del 82 por ciento de los habitantes padece desnutrición. Ello no impide, sin embargo, que Totonicapán sea una comunidad muy organizada y que esté reconocida como una de las zonas menos violentas del país.

En Totonicapán la lucha por la conservación ambiental es ejemplar. Contrario a la tendencia de explotación irracional de recursos naturales que padece Guatemala, donde más del 75 por ciento de las zonas boscosas originales han sido devastadas, los mayas quiché de esta región preservan sus bosques en condiciones prístinas, pues para ellos representan no sólo su fuente de trabajo y supervivencia, sino la vida misma. Aquí “el bosque es una responsabilidad colectiva” y todos se apegan a un sistema estructurado de reglas y procedimientos en el que está prohibido talar árboles sin permiso de todos los miembros de la comunidad y hacer campos de cultivo cerca de corrientes de agua. Las plagas, en un lugar de ser eliminadas con pesticidas tóxicos, se combaten mediante esfuerzos comunitarios compartidos.

El territorio del departamento de Totonicapán es uno de los pocos lugares en Guatemala donde las autoridades indígenas ejercen el autogobierno mediante un sistema conformado por alcaldes que resuelven asuntos locales y un presidente que ejerce como portavoz y media en caso de conflicto; en 2011 fue electa por primera vez una mujer para este cargo. Su nombre es María del Carmen Tecam, una joven estudiante de Derecho.

Horas después de la masacre de Totonicapán, la presidenta de los 48 cantones declaró: “Nosotros seguimos en la lucha porque nuestro objetivo es buscar el bien común, y eso siempre lo tenemos claro”. Sobre los bloqueos carreteros dijo que “tenemos que acudir a estas medidas porque el Estado no escucha nuestras peticiones”, y lamentó que la violencia del gobierno haya llegado hasta este punto. Tecam aseguró también que “como líderes seguimos firmes en nuestras tres demandas”, que versan sobre las reformas a la Constitución, la reforma educativa y el aumento a las tarifas de la energía eléctrica” ☞



MI HERMANO EL AZTECA

Natalie Diaz

Luego de varios años como basquetbolista profesional en Asia y Europa, Natalie Diaz regresó al desierto de Mojave, de donde es originaria, como miembro de la comunidad india de Río Gila. Se graduó en Letras y actualmente radica en Mojave Valley, Arizona, donde dirige un programa de revitalización de su idioma en la reservación Fort Mojave, con los mayores del lugar.

Con una brillante colección de poemas brutales y despiadados, no exentos de humor, sensualidad y costumbrismo postmoderno, Diaz irrumpe como una de las poetas más interesantes de la literatura indígena actual. *When My Brother Was an Aztec* (Copper Canyon Press, Port Townsend, Washington, 2012) revela cómo va la vida en esa tierra ajena que es la suya, de su gente, donde

todo los expulsa sin piedad. Lo hace a través del drama familiar que protagonizan un hermano veterano de la guerra afgana, adicto a las metanfetaminas y el extravío sexual, y sus padres amorosos y triturados. Como fondo, la desesperación de los mojave aprisionados en la reservación de su destino. Una rabia formidable y conmovida convierte a la poeta en un dique de dignidad y sobrevivencia.

Cuando mi hermano era un Azteca

vivía en el sótano y sacrificaba a mis padres cada mañana. Algo espantoso. Imperdonable. Pero ellos volvían por más. Lo amaban, era cuanto podían decir.

Todo comenzó con él rebotando por la Avenida de los Muertos, mis padres caminando detrás como efigies en una procesión, él podía arder sobre el piso en cualquier momento. Ellos no sabían

qué mas hacer salvo estar ahí para recogerlo cuando muriera. Olvidaron quién estaba muriendo, quién estaba ya muerto. Mi hermano dejó de ponerse la camisa cuando un carnaval de mujeres de pechos sucios

lo convirtió en su líder, siguiéndolo arriba y abajo de las escaleras. Eran acróbatas, ondulaban, sacudiéndose como serpientes. Lo alimentaban con diamantes molidos y fuego. Él devoraba sus regalos. Mis padres

le suplicaban que les arrancara los ojos. Él se creyó Huitzilopochtli, un dios, mitad hombre, mitad colibrí. Mis padres a sus pies, eran rotos chupadores de miel. Él les acercó su boca como espada,

los engulló, sacándoles el color hasta que las cejas les quedaron blancas. Mi hermano los estrujó y descuartizó en el altar de sus celebraciones, agitó en los puños sus corazones temblorosos,

mientras perros pulguientos corrían arriba y abajo de las escaleras lamiéndose el culo, tirándose mordiscos. Los vecinos se sorprendían de que los corazones de mis padres volvieran a crecer. Decía mucho de mis padres, o de los corazones de los padres.

Mi hermano los sumergió en cenotes, los tiró de los acantilados, agujereó sus cráneos como vasos o jarras inservibles que fueran, los despedazó para alimentar a los dioses que gobernaban

los coños de rata de las putas picadas de viruela abriéndose de piernas en casas colgantes sin luz. Dormía con la ropa oliendo a durazno podrido y cerillos, se enamoró

de las cucharas burbujeantes con las que lo alimentaban las mujeres-perro. Mis padres perdieron el apetito de comida y de hijos. Como todos los reyes malvados, mi hermano, el Azteca, llevaba una corona, una gorra de béisbol puesta hacia atrás

con la bandera de México bordada. Cuando la usaba en el patio de la casa, que consideraba su Zócalo personal, su rebaño sabía que él tenía el poder ese día, que poseía todas las joyas

que un monarca puede comer, fumar o inyectarse. Las esclavas se aproximaban a la cerca y comían de su mano. Les daba para su maíz por entre los eslabones de sus cadenas. Mis padres miraban desde la ventana,

lloraban de ver su casa convertida en un zoológico, y era su hijo el que estaba encerrado en una jaula oxidada. El Azteca encontró su corte en un matorral al otro lado de la calle, entre pavorreales. Mis padres cruzaban los dedos

para que no volviera, le ponían veladoras para que sí. Siempre regresaba con plumas de jade y turquesa, oliendo a la mierda de los pavorreales. Mis padres levantaban

lo que él dejó de sus cuerpos, intentaban sostenerse sin piernas, eludir sus golpes con brazos ausentes, buscándose los dedos para juntarlos y rezar, para salir de cualquier vientre negro al que mi hermano, el Azteca, los hubiese arrojado.

Por qué no hablo de flores cuando las conversaciones con mi hermano alcanzan incómodos silencios

Perdónenme guerras distantes, por traer flores a la casa.

Wisława Szymborska

En las montañas de Cachemira
mi hermano mató muchos hombres,
voló cráneos debajo de pieles oscuras
tiñó el blanco desierto de rojo carmesí.

¿Qué se le puede decir a un hombre
que atravesó un mundo así
donde sus manos y sus ojos
lo traicionaron?

¿Había flores allá?
le pregunté.

Esto me dijo:

En una aldea, muchos hombres
envolvieron a una mujer en una sábana.
Ella no opuso resistencia.
Le arrastraron los pies descalzos por el suelo.

La acostaron sobre el camino
y la lapidaron.

El primero fue el padre.
Arrojó dos piedras al hilo.
En el trayecto su hermano
se había llenado las bolsas con piedras.

La multitud reunida
era un enjambre alborotado. La lluvia
de rocas contra su cuerpo
ahogó los gemidos de la mujer.

Manchas de sangre en la sábana,
un ramo de violetas,
cien rosales en flor.

(Traducción: HB)



página
fina